

ILLESCAS, TOLEDO



Vamos a Illescas, a treinta y cinco kilómetros de Madrid; queremos ir a Illescas antes de la segura invasión de los turistas, todavía no advertidos; antes de que lleguen los cineastas con sus cámaras; antes de que sea instalado el necesario parador confortable. No nos han preparado a la visita ni Baedeker, ni Hachette. Ni el uno con lo rojo de sus tapas ni el otro con lo azul de su encuadernación nos han incitado a la fruición del color en el camino, en el cielo y en el arte de una iglesia y de un pintor. La iglesia de Illescas nos atrae; ninguna guía moderna la comenta por extenso; sólo allá en 1852 la de Mellado estampa, a propósito de la iglesia, el nombre del «Greco», y nos lo da estropeado. El camino es liso, cómodo; a trechos, a un lado y a otro, filas de árboles con la blanca faja que tranquilice a los automovilistas. A fines de junio, anchurosos planos amarillos de los trigales recién segados, planos verdes de frescas plantaciones, el ejército simétrico, severo, de los olivos cenicientos. Y en lo alto, el añil intenso, resplandeciente, del cielo en la altiplanicie castellana. No encontraremos en Illescas a Francisco I de Francia, que aquí vivió después de su cautiverio en Madrid; pero sí lo rememoraremos. No sabemos con firmeza lo que vamos a encontrar; llevamos, entrañablemente, un presentimiento que deseamos ver cumplido. Ya en las calles del pueblo nos detenemos ante la iglesia; está cerrada. Al lado vemos una puerta abierta y en el lienzo de un muro unas rejas, tras de las cuales percibimos celosías espesas de listones de madera. En el patio en que estamos —patio con las frondas verdes de unos árboles sobre la blancura de las paredes— calla de pronto una treintena de niñas vestidas de negro, blancos los puños y el cuello. Nos hace cruzar una religiosa un breve atrio, y ya hemos cumplido nuestro deseo; la iglesia es blanca; nos embargan en la blancura el silencio y la luz suave. Resaltan en lo blanco los ramos desvaídos, gratamente desvaídos, de una antigua alfombra, ante el altar mayor, y las manchas violentas de rojo en los cuadros, iluminados por reflectores, encendidos súbitamente. En uno de esos cuadros, en el margen, pegados al marco, asoman, como si hubieran hecho un esfuerzo por asomar —para vernos y para que los veamos— dos caballeros, los rostros de dos caballeros; se destaca —y nos da la sensación definitiva, la que conservaremos— el cuello blanco, escarolado, de uno de esos personajes. Todavía el anhelo del visitante se ha de completar: unos pasos tácitos han de

llevarle a una apartada capilla. Estamos en suave penumbra; luz solar, luz de alta ventana, cae en el ámbito; otra vez luz repentina de reflectores ilumina otros rojos acentuados. En anchas vitrinas colocados ordenadamente hay unos pequeños soportes con sus cartelas. Una voz susurra: «Reliquias». El fervor que traspasa esa legión de santos, de mártires, confluye con el fervor que emana del arte de un artista ansioso del más allá eternal. Todo calla ahora y la tarde declina; todo va a estar dentro de unos momentos sumido en la sombra, en la negrura de la noche. Tenemos un pesar al despedirnos de la iglesia —con sus «Grecos»— y de Illescas con sus recuerdos. Querríamos haber visto a Illescas en la alta noche, bajo el parpadeo de las estrellas, en la inmensidad del silencio en el campo. De seguro que en la iglesia habrá una lucecita perenne: «Lux perpetua».

Nos separan unos kilómetros de Toledo, en la misma vía, en la misma provincia. Toledo, en la Edad Media, era el laboratorio universal de la Magia. Michelet, en su libro *La Sorcière*, dice: «Toledo era la ciudad de los brujos, y su nombre tenía algo como cabalístico. Los brujos formaban en Toledo una especie de Universidad, y su importancia estaba acrecida por sus relaciones con los moros, con los judíos.» Victorien Sardou, el dramaturgo, ha leído seguramente esas líneas de Michelet y ha intuido, en sus saberes de erudito, en sus cavilaciones de espiritista, un cigarral en el Tajo y un palacio y una plaza en Toledo; serán esos los escenarios de una tragedia que va a escribir y que situará en 1507. Título, el mismo de Michelet, *La Sorcière*; protagonista, una bella y dolorosa hebrea, Zoraya. La obra se estrena en París, en 1903, y de Zoraya hace Sara Bernhardt. ¿Qué es lo que tendrá que ver Zoraya, hechicera joven —hechiceras jóvenes las encontramos en los procesos antiguos—, con el gran nigromante de Toledo? Ése gran nigromante lo crea otro toledano. El infante don Juan Manuel nace en Escalona; en su *Conde Lucanor* nos dice que el deán de Santiago desea consultar un nigromante y que sólo en Toledo podrá encontrar al más sabio de todos los nigromantes. Tiene don Illán su consultorio en una cámara «muy apartada»; se baja a ella por «una escalera de piedra muy bien labrada»; el lugar es harto profundo; el Tajo corre cerca. Gran lección de prudencia, de cautela, nos da el infante don Juan Manuel con la extraña aventura que nos cuenta; pero queda en el aire un cierto desasosiego, una cierta inquietud, un cierto misterio. Pronto vamos a quedar prendidos en las mallas del «Greco»; pronto el mismo «Greco» —lo evidenciará el doctor Marañón— quedará prendido de las mallas de Toledo. El «Greco» va

a vivir en un ambiente de sobreexcitación cerebral. ¿Qué inquietud ha venido a entreverarse con el antiguo misterio? Sospechamos que está latente aquí un antagonismo de razas. En el libro del conde de Cedillo, *El cardenal Cisneros* (1938) —publicado por la Academia de la Historia—, se lee una carta reveladora. Con fecha de 25 de enero de 1516 se le escribe a Cisneros desde Toledo que «está la gente común de mercaderes y personas de su calidad tan amedrantadas, que toda esta noche pasada no han hecho otra cosa sino pasar fardes y arcas a monasterios». Añadid el nervosismo que ocasiona y deja tras sí una discordia civil —la de las Comunidades— y las perturbaciones que suscitan las guerras internacionales, lejanas. Los matices que van, en gradación penosa, del hombre simplemente decentado al loco de atar, son múltiples. El doctor Marañón, clarívidentemente, ha cotejado el loco, los rostros del loco, con las visiones del «Greco». Del «Greco» que visitaba el manicomio de Toledo. Hay que reflexionar sobre el ambiente de Toledo y el ambiente total de España en aquellos días, en aquel siglo, el XVI. Toledo representa hondura de sensibilidad. Pensemos —debemos pensar— que hay un momento en que conviven en Toledo dos de las más finas sensibilidades de España: Santa Teresa y el «Greco». Y precisamente Santa Teresa nos conduce también al estudio del desequilibrio mental. Santa Teresa ha estado en Toledo varias veces; pero la más notable de sus visitas es la de 1569, cuando viene a fundar. En el capítulo VII de *Las Fundaciones*, Santa Teresa trata de cómo, en los monasterios, «se han de haber con las que tienen humor de melancolía». De varios conventos se han dirigido a la Santa en súplica de remedio. La gran preocupación de Santa Teresa son las «melancólicas» —neurasténicas—, y ciertos señores, los cuales imponen el ingreso de una joven en un monasterio, y luego, cuando cansada esta joven quiere salir, la retiran más o menos violentamente.

Los colores en el «Greco» y los colores en la flora silvestre; el amarillo delicadísimo del jaramago, el rojo encendido de la amapola, el azul intenso del cardo. Desde lo alto de un antiguo cigarral, convertido en hotel, he contemplado enfrente Toledo una tarde de abril. Vefa, primero, el pardo hacinamiento de las edificaciones, y abajo, en el llano, el verde claro de los frutales entremezclados a los cinereos olivos. He leído en un libro de mineralogía española que en tierras de Toledo se encuentra «espato adamantino». Raya el cristal. ¡Cuántas sensibilidades son rayadas en el mundo, como este espato el cristal, por el genio de una santa, el genio de un pintor!